

de los contemporáneos, <sup>46</sup> y la persecucion de Atahuallpa se considera con justicia como una mancha indeleble de las armas españolas en el Nuevo Mundo.

46 Quintana es de ello un distinguido ejemplo. En toda su biografía de Pizarro, (Españoles célebres, tom. II.) el escritor se sobrepone á la influencia de las preocupaciones nacionales que obscurecen con frecuen-

cia los ojos de sus paisanos, empuña la balanza de la crítica histórica con mano imparcial, y condena del modo mas terminante á los actores de estas trágicas escenas.

## CAPITULO VIII.

DESÓRDENES EN EL PERU.—MARCHA AL CUZCO.—ENCUENTRO CON LOS NATURALES.—CHALLCUCHIMA MUERE QUEMADO.—LLEGADA AL CUZCO.—DESCRIPCION DE LA CIUDAD.—RIQUEZA QUE SE ENCONTRÓ ALLI.

1533—1534.

El Inca del Perú era soberano de su reino en toda la estension de la palabra. Prestábanle una obediencia tan ciega sus vasallos, que ningun déspota llegó jamás á conseguirla igual de los suyos; porque su autoridad alcanzaba á lo mas secreto de la conducta, y hasta á los pensamientos de los individuos. La reverencia con que le trataban, era mayor de la que correspondia á un ser humano. <sup>1</sup> El no era tan solo el jefe del estado, sino el punto á donde todas sus leyes venian á reunirse como á un centro comun; la clave del edificio político, que debia desmoronarse por su propio peso, tan luego como

1 "Era tanto el temor y respeto que estos naturales tenían á los Ingas," dice Pedro Pizarro, "que mandándoles que se ahorcasen y matasen ó despeñasen lo hacian sin poner en ello escusa ni dilacion." Descub. y Conq. MS.

aquella faltase. Así sucedió á la muerte de Atahualpa.<sup>2</sup> Su muerte no solo dejó el trono vacante y sin un sucesor conocido, sino que por el modo con se verificó, dió á conocer á los Peruanos que ya empuñaba el cetro una mano mas poderosa que la de sus Incas, y que la dinastía de los Hijos del Sol había acabado para siempre.

Convencidos de ello los Peruanos, se siguieron las consecuencias que debian esperarse. Trastornóse el hermoso orden de las antiguas leyes, tan luego como faltó la autoridad que cuidaba de su conservacion. Los escesos á que los Indios se entregaron fueron mayoress, á causa de la sujecion no comun á que antes se vieron condenados. Quemaron pueblos, saquearon templos y palacios, y ocultaron ó se repartieron el oro que en ellos encontraron. Cuando los Peruanos vieron la importancia qua daban sus conquistadores al oro y á la plata, conmenzaron á mirar con aprecio estos metales, y siendo así

<sup>2</sup> Oviedo cuenta que el verdadero nombre del Inca era *Atabalica*, y que los Españoles lo solian pronunciar mal, porque pensaban mas en adquirir oro, que en el nombre del que lo poseía. (Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 16.) Apesar de eso he proferido la autoridad de Garcilaso, á quien por ser Peruano y pariente próximo del

Inca, debemes suponer mejor informado. Dice que sus paisanos creian, que cuando cantaban los gallos que llevaron al Peru los Españoles, pronunciaban el nombre de Atahualpa; y añade el historiador que él, junto con otros muchachos indios condiscípulos suyos, los solian imitar por las calles. Com. Real., Parte 1, lib. 9, cap. 23.

que antes solo servian para el lujo de los monarcas y de los templos, ahora los ocultaban ya, enterrándoles en las cavernas y en los bosques. Dijose entonces que el oro y la plata que escondieron los indígenas, escedia con mucho al que los Españoles hubieron á las manos.<sup>3</sup> Las provincias lejanas negaron la obediencia á los Incas. Los generales que mandaban ejércitos lejos de la capital comenzaron á obrar por sí solos. Ruminavi, comandante de las fronteras de Quito, trató de separar este reino del imperio peruano, y devolverle su antigua independencía. En una palabra, el pais se encontraba en aquella situacion en que las cosas antiguas van pasando, y las nuevas aun no estan establecidas. Era verdaderamente una revolucion.

Pizarro y sus compañeros autores de esta revolucion, permanecian en el entretanto en Caxamalca. El primer paso del gefe español fué nombrar sucesor á Atahualpa, porque le parecia mas fácil el gobernar á la sombra de la venerada autoridad que los Indios acostumbraban respetar hacia tanto tiempo, y no le fué difícil hallar un sucesor. El heredero legal de la corona

<sup>3</sup> Algunos caciques dijeron ante. (Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 22.) V. tambien, Pedro Pizarro dado á los Españoles era como una mazorca de maiz comparada con el monton que tenia de-

era un hijo segundo de Huayna Capac llamado Manco, hermano legítimo del desdichado Huascar; pero Pizarro conocía muy poco el modo de pensar de aquel príncipe, y no se detuvo en dar la preferencia á un hermano de Atahuallpa y presentarle á la nobleza india para que reconociese en él á su Inca futuro. Nada sabemos del carácter del jóven Toparca, quien acaso se conformaría sin repugnancia con una suerte que, por humillante que pareciese hasta cierto punto, era mas elevada de lo que podría haber esperado, siguiendo su curso regular los acontecimientos. Se observaron hasta donde las circunstancias lo permitieron, las ceremonias acostumbradas en la coronacion de un príncipe peruano; el conquistador ciñó las sienes del jóven Inca con la *borla* imperial, y en seguida recibió el juramento de sus vasallos indios. Fué menor la resistencia de estos á prestarlo, porque casi todos los que se hallaban en el campamento pertenecían al partido de Quito.

Ya solo se pensó entonces en llegar cuanto antes al Cuzco, de cuya ciudad corrían entre las tropas las descripciones mas brillantes; decíase que sus templos y palacios reales deslumbraban con el brillo del oro y plata de que estaban cubiertos. Con la imaginacion exaltada por tales noticias, salieron Pizarro y sus compañeros á principios de Setiembre de la ciudad de Caxa-

malca, lugar para siempre memorable por haber sido teatro de las escenas mas estrañas y sangrientas que menciona la historia. Irian en todo casi quinientos hombres, pudiendose calcular la caballería en cerca de una tercera parte. Todos emprendieron la marcha llenos de entusiasmo: los soldados de Pizarro porque esperaban aumentar las riquezas que ya poseían, y los de Almagro porque contaban con que en lo sucesivo tendrían en los despojos la misma parte que los "primeros Conquistadores." <sup>4</sup> El jóven Inca y el viejo general Chalcuchima marcharon tambien en sus literas con una numerosa comitiva de vasallos, con tanta pompa y aparato como si todavia gozasen de una autoridad efectiva. <sup>5</sup> Hasta llegar al Cuzco tenia que marchar la tropa por el camino real de los Incas, que iba por las cumbres de las cordilleras. Su anchura era casi siempre la misma, aunque segun la clase de terreno se advertia en su construccion mas ó menos esmero. <sup>6</sup> Pasaba á veces por valles llanos y hermosos donde la naturaleza puso pocos estorbos al viagero: otras veces iba siguiendo

<sup>4</sup> Los "primeros conquistadores," segun Garcilaso, eran respetados y honrados por los que vinieron despues, aunque eran en lo general hombres de inferior calidad y menos ricos que los segundos. *Com. Real.* Parte I, lib. 7, cap. 9.

*Conq., MS.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. 400.*

<sup>5</sup> Pedro Pizarro, *Descub. y*

<sup>6</sup> "Va todo el camino de una traza y anchura hecho á mano." *Relacion del Primer. Descub., MS.*

do el curso de un torrente que rodeaba la base carcomida de alguna roca, donde apenas podia asentarse el pié; en otras, cuando la sierra era tan escarpada que ya parecia imposible el pasar mas adelante, el camino se acomodaba á las desigualdades naturales del terreno é iba rodeando las alturas que no podian subirse en linea recta.<sup>7</sup>

Pero aunque todo estaba construido con mucho tino, era sin embargo un paso muy difieil para la caballería. Habian abierto escalones en las montañas; pero los filos de la piedra cortaban los cascos á los caballos, y apesar de que los ginetes echaron pié á tierra y les llevaban del diestro, padecian mucho los animales en sus esfuerzos para afirmar los pies.<sup>8</sup> El camino fué construido para gente de á pié y para el ligero llama, y la única bestia de carga propia para transitar por él, era la firme y sagaz mula de que por entonces carecian los aventureros Españoles. Por una rara casualidad, la España era el pais de las mulas, y de este modo se proveyeron muy pronto en el Perú del animal que parece haber sido criado espresamente para los difieiles pasos de las sierras.

Tropezaban tambien á menudo con otros obstáculos, en los caudalosos torrentes que se des-

<sup>7</sup> "En muchas partes viendo lo que está adelante, parece cosa imposible poderlo pasar." Ibid. MS

<sup>8</sup> Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. 404.

colgaban con ímpetu de los Andes. Para atravesarlos solo habia puentes colgantes de bejueros, cuya débil materia se fué rompiendo á poco tiempo con el tránsito de la caballería, y quedaron llenos de agujeros que hacian mucho mas peligroso el paso. En tales casos tuvieron por mejor los Españoles el atravesar los rios en balsas, y los caballos los pasaban á nado, llevándolos del diestro.<sup>9</sup> Por todo el camino encontraron tambos ó casas de postas para alojamiento de los correos reales establecidos á distancias fijas; y almacenes de granos y otras cosas acopiadas en las ciudades principales para el consumo de los ejércitos indios. Los Españoles cuidaron de aprovecharse de la prudente prevision del gobierno peruano.

Despues de una fastidiosa marcha en la que pasó por varios pueblos y ciudades de alguna consideración, siendo las principales Guamachucho y Guanuco, dió vista Pizarro al rico valle de Jauja. Durante la marcha, aunque harto fastidiosa, no pasaron muchos trabajos, escepto al vencer las erizadas crestas de las cordilleras que á veces se les atravesaban en su camino; asperezas en que se ven engastados como perlas los hermosos valles esparcidos por estas regiones elevadas. En los puertos de las sierras les molestó á veces el frio, pues que para caminar

<sup>9</sup> Ibid., ubi supra.—Relacion del Primer. Descub., MS.

mas á la ligera solo llevaban consigo el bagaje muy necesario, y ni aun siquiera venian provistos de tiendas.<sup>10</sup> Los vientos helados de las montañas penetraban por entre las gruesas armaduras de los soldados; pero los pobres Indios vestidos mas á la ligera y acostumbrados á un clima caliente, padecian mucho mas. Parece que en los Españoles era igual el esfuerzo del cuerpo y el del espíritu, lo que les hacia casi insensibles á las variaciones de clima.

Los enemigos no les habian molestado durante la marcha, pero mas de una vez habian visto rastro de ellos en las aldeas quemadas y puentes destruidos. De cuando en cuando daban aviso á Pizarro de que venian guerreros en su busca; y solian ver algunas partidas de Indios como nubecillas en el lejano horizonte, que se desvanecian tan luego como los Españoles se acercaban. Sin embargo, al llegar á Jauja estas nubes se reunieron y formaron una espesa masa de guerreros, los cuales se situaron en el lado opuesto del rio que corre por enmedio del valle.

Los Españoles se acercaron al rio, cuya corriente aumentada por las nieves derretidas estaba entonces muy ancha, aunque no profunda.

<sup>10</sup> "La notte dormirono tutti in quella campagna senza coperto alcuno, sopra la neve, ne pur hebber souuenimento di legne

ne da mangiare." Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. 401.

El puente habia sido destruido; pero los conquistadores sin detenerse se metieron atrevidamente en el agua, y parte á nado, parte vadando lo mejor que pudieron, ganaron la orilla opuesta. Desconcertados los Indios por esta resuelta determinacion, porque tenian fundadas sus esperanzas en el agua que les defendia, se pusieron en fuga no sin hacer antes una impotente descarga de proyectiles. El miedo daba alas á los fugitivos, pero el caballo y su ginete eran mas ligeros aún, y los victoriosos perseguidores tomaron sangrienta venganza del enemigo, por haberse atrevido á pensar siquiera en oponer resistencia.

Jauja era una poblacion considerable, y ya antes hicimos mencion de ella con motivo de haber estado allí Hernando Pizarro. Se hallaba situada en un frondoso valle fertilizado por mil acequias que los industriosos labradores indios sacaban del rio principal que corria mansamente por entre las praderas. Habia en la ciudad varios espaciosos edificios de piedra tosca, y un templo que alcanzó cierta fama en tiempo de los Incas. Pero los robustos brazos del P. Valverde y de sus paisanos, destronaron muy en breve á las divinidades paganas, y colocaron en su lugar las sagradas imágenes de la Virgen y del Niño Jesus.

Resolvió Pizarro detenerse allí algunos dias y

fundar una colonia española. Consideraba ser aquella una posición muy ventajosa para mantener sujetos á los Indios de la sierra, y que serviría al mismo tiempo para facilitar las comunicaciones con la costa. En el entretanto determinó enviar á Soto con sesenta caballos para que se adelantase á explorar la sierra é hiciese reponer los puentes que el enemigo habia destruido.<sup>11</sup>

Partió desde luego este diligente capitán, pero tropezó con graves obstáculos en su marcha. Según avanzaba eran mas claras y mas frecuentes las señales de enemigos. Encontraba pueblos quemados, puentes destruidos, y gruesas rocas y árboles esparcidos por el camino para estorbar el paso á la caballería. Al acercarse á Vilcas, lugar importante en otro tiempo, pero que hoy ha desaparecido ya del mapa, tuvo en un desfiladero un reñido encuentro con los naturales, el que le costó la vida de dos ó tres soldados. La pérdida era bien corta; mas por pequeña que fuese, la sentían vivamente los Españoles, acostumbrados como ya estaban hacia tanto tiempo, á no encontrar resistencia.

Caminando siempre adelante, pasó el capitán español el río Abancay, y la caudalosa corrien-

<sup>11</sup> Carta de la Justicia y Regimiento de la ciudad de Xauxa, Piru, MS.—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 4, cap. 10.—MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Conq. i Pob. del MS.—Relacion del Primer Descub.

te del Apurimac, y al llegar á la sierra de Vilcaonga supo que una reunion considerable de Indios le aguardaba en las peligrosas gargantas de las montañas. La sierra distaba algunas leguas del Cuzco, y deseoso el comandante de pasarla antes que cerrase la noche, se metió en ella inconsideradamente con sus caballos cansados. Cuando le vieron ya bien internado en las pedregosas veredas, una nube de guerreros armados que parecían brotar de cada gruta y de cada matorral de la sierra, llenó el aire con sus alaridos de guerra, y cayó de golpe, como un torrente de sus montañas, sobre los Españoles que iban escalando las pendientes con mucho trabajo. Fué el ataque tan impetuoso que ni hombres ni caballos pudieron resistirlo, y cayendo las primeras filas sobre las que venían detras, hicieron general el desbarato y la consternacion. En vano intentó Soto restablecer el orden, y cargar si fuera posible sobre los acometedores. Aquella nube de proyectiles hacia perder el tino y el gobierno á los caballos, y los desesperados indígenas les agarraban por las piernas para impedirles que continuasen subiendo por la áspera vereda. Conoció entonces Soto que era perdido sino lograba ganar una meseta que se descubria á poca distancia. Animó á su gente con el antiguo grito de guerra, que siempre llegaba al corazón de los Españoles: hincó las espuelas en los hija-

res de su fatigado corcel, y ayudado con valor por sus soldados, rompió por entre la muchedumbre de guerreros apartándolos á diestra y siniestra hasta que al fin consiguió verse en la llanura.

Allí como por mútuo convenio, se detuvieron ambas partes algunos momentos. Por enmedio del llano corria un arroyo en el cual abrevaron los Españoles sus caballos;<sup>12</sup> y habiendo cobrado aliento los animales, dió Soto con toda su gente una carga desesperada al enemigo. Los intrépidos Indios resistieron el choque con firmeza, y aun era dudoso el resultado del combate cuando las sombras de la noche envolvieron y separaron á los combatientes.

Los dos ejércitos dejaron entonces el campo y se situaron á tiro de flecha uno de otro, de manera que en el silencio de la noche se podia oír la voz de los soldados de ambos campamentos. Pero se pensaba en ellos de muy diverso modo. Los Indios llenos de regocijo con su pasagero triunfo, aguardaban muy confiados la mañana siguiente para completarle. Entre los Españoles por lo contrario, era proporcionado el desaliento. No esperaban encontrar semejante espíritu de resistencia en un enemigo hasta entonces tan sumiso. Habian perdido varios compañeros, y uno de ellos habia sucumbido al golpe

<sup>12</sup> Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. 405.

de una hacha peruana que le hendió la cabeza hasta la barba; lo que daba claro indicio del poder del arma, y de la robustez del brazo que la manejaba.<sup>13</sup> Tambien habian muerto varios caballos, cuya pérdida era sentida casi al par de la de un ginete, por la dificultad y crecidos costos de conducirlos á tanta distancia. Apenas quedó caballo ni soldado que no sacase herida, y los Indios amigos salieron todavia peor librados.

A juzgar por la obstinacion del ataque y por cierto orden que se guardó en él, era de creerse que le habia dirigido algun gefe experimentado en la milicia, acaso el general indio Quizquiz, quien se decia andaba recorriendo con una fuerza considerable los alrededores del Cuzco.

Bien que no le faltasen á Soto justos motivos de temor para el dia siguiente, trató, como hombre de valor, de infundir ánimo á sus tropas. Díjoles que si habian derrotado al enemigo cuando sus caballos estaban fatigados y casi agotadas sus propias fuerzas, seria mucho mas fácil el salir ahora victoriosos, cuando unos y otros se habian recobrado con una noche de reposo; encomendándoles al mismo tiempo "que pusiesen su confianza en el Todopoderoso que nunca abandonaria á sus siervos fieles en la necesidad." El resultado justificó la confianza de Soto en este oportuno auxilio.

<sup>13</sup> Ibid., loc. cit.